

## **Biopoder y vida pública. Bruno Latour**

Si la palabra “biopoder” permite apuntar con el dedo la autoridad por la cual ciertos biólogos evitan la discusión tanto sobre las disciplinas científicas como sobre la vida política en nombre, por ejemplo, de un cierto darwinismo, de una definición de gen o de un modelo de cerebro, yo no veo inconveniente. Luchar contra el biopoder permite poner de manifiesto la diversidad de biologías de la hegemonía de algunos programas de investigación (ver la excelente obra de Evelyn Fox-Keller<sup>1</sup>) y evitar que se naturalicen algunos proyectos de innovación particularmente discutibles imponiéndolo al público bajo pretexto de que son inevitables (como los transgénicos OGM<sup>2</sup> o la producción de embriones humanos para el cultivo de células).

Si, en cambio, “biopoder” designa una ruptura radical en la historia de la política, como se pretende siguiendo a Foucault, yo soy mucho más escéptico. La higiene de fin del siglo pasado, como lo han mostrado Murard y Zylberman<sup>3</sup>, corresponde mucho mejor que nuestro fin de siglo a esta biopolítica, pues ella ha pretendido, durante cincuenta años, eliminar el vocabulario tradicional de la política para hablar de educación, adiestramiento, limpieza, ventilación, vacunación, disciplina. Por otro lado, como Don Kevles lo ha largamente estudiado<sup>4</sup>, se trata del gran momento de los eugenismos de izquierda. Que esta re-traducción de todo el vocabulario de la vida pública en aquel de la medicina y de la higiene, nos parezca hoy insoportable, es una prueba de que el biopoder, en ese sentido, se ha apoderado menos de las mentes que en la época, por ejemplo, de un Alexis Carrel, en medio de aquel siglo.

Como muchas expresiones de Foucault, “biopoder” es uno de esos términos que despiertan el espíritu crítico y en seguida lo paralizan. No tiene gran sentido, del punto de vista de la historia o de la antropología, hablar de una ruptura radical. Los Arapesh de Don Tuzin, en Nueva Guinea, tienen con sus brotes de ñames

---

<sup>1</sup> Evelyn Fox-Keller, *Le rôle de la métaphore dans le progrès de la biologie*, Institut Sanofi-Synthélabo, 1999.

<sup>2</sup> *Organisme Génétiquement Modifié*; Organismo Genéticamente Modificado. En adelante traduciremos la sigla simplemente como “transgénicos”. (Nota del traductor).

<sup>3</sup> Lion Murard y Pierre Zilberman, *L'hygiène dans la République*, Fayard, 1996.

<sup>4</sup> D.J.Kevles, *Au nom de l'eugénisme*, PUF, 1995.

relaciones ciertamente más íntimas que los investigadores del INRA<sup>5</sup> con sus plantas transgénicas; la naturaleza enteramente doméstica (y no domesticada) de los jardines Achuars estudiados por Anne-Christiane Taylor<sup>6</sup> en plena selva amazónica, supone un grado de fusión entre vida social y botánica mucho más desarrollado que aquel que mantiene el PDG<sup>7</sup> de Monsanto con sus transgénicos; ¿Qué decir de los cerdos salvajes cuyo intercambio ha sido tan bien analizado por Pierre Lemonnier<sup>8</sup> en los Ankavé de Nueva Guinea? ¿Debe hablarse de “biopoder” bajo pretexto de que la vida biológica sirve totalmente para producir poder y desigualdades? Si, por cierto, pero entonces se trata de la situación común de la humanidad, siempre mezclada con especies animales y vegetales, la que se designa así con esa palabra, repentinamente, demasiado vaga.

Me parece que gran parte de la eficacia de una expresión como biopoder radica en que ella ha recordado repentinamente a los filósofos que el humano desnudo con el cual ellos poblaban hasta ese momento su ágora, no ha tenido jamás otra existencia que en la expresión “animal político” indefinidamente rumiada desde Aristóteles. Son los filósofos quienes han repentinamente descubierto, a propósito de las biotecnologías, que los humanos siempre han hecho su política, desde los albores de la humanidad, con otra cosa además de palabras. Ello no quiere decir que el fenómeno es nuevo sino solamente que la filosofía política se había simplificado un poco la vida tomando al humano hablante como unidad de base de sus reconstrucciones eruditas. ¿Qué más inverosímil para un historiador de las sociedades humanas o animales que el contrato de Hobbes o el velo de ignorancia de Rawls? Cuerpos sin historia, sin fisiología, sin enfermedades, sin alimento, sin ecosistema, reducidos únicamente a su palabra.

Para un jurista, por ejemplo, es evidente que la vida pública se ha ocupado siempre de bienes, terneros, cerdos, nidos, bastardos, dotes, dominios, de sacos de granos. ¿Cómo comparar el procedimiento local y complicado de transferencia

---

<sup>5</sup> INRA: *Institut national de la recherche agronomique*: Instituto Nacional de la investigación agronómica. (Nota del traductor)

<sup>6</sup> Anne-Christiane Taylor, *La remontée de l'Amazone*, EHESS, 1993.

<sup>7</sup> PDG; *Président directeur général*: Presidente o Director ejecutivo. Alude a un cargo administrativo de máximo rango. (Nota del traductor).

<sup>8</sup> Pierre Lemonnier, *La production du social*, Fayard, 1999.

de genes con la inmensa historia de la domesticación de las plantas y la socialización de los animales en el seno de la *Polis*? ¿Cómo tomar en serio la fecundización in vitro al lado de la larga historia de la elección del conviviente y de eso que Darwin ha llamado la selección sexual? ¿Sólo se ve una ruptura brutal en la diseminación de los animales transgénicos si se omite comparar esta pequeña aceleración local con la formidable transformación que ha producido los paisajes? ¿Qué más biopolítico que un arrozal del Asia central? ¿Cómo un geógrafo, un agrónomo, un médico de enfermedades infecciosas, un paleontólogo, un ecólogo podría creer que el biopoder es un fenómeno reciente que designaría la captura por la política de la corporalidad y de la vida misma?

Seguro se dirá que el tránsito al nivel de los genes ha producido una ruptura cualitativa, pero eso no significa por tanto que se asiste a la llegada de un nuevo biopoder. Yo creo, al contrario, que el paso a toda genética lleva la política a un destino común. De hecho, basta como prueba la guerra mundial en torno a los transgénicos. Repentinamente, mientras que parecía evidente que este nuevo objeto inventado por las nuevas biopolíticas extendía su dominación desde aspectos superficiales hasta el corazón mismo de nuestras células, extendiéndose inevitablemente por todos lados, reemplazando la política por la genética; una resistencia mundial y multiforme ha devuelto los transgénicos a la escena política más tradicional y más legítima. Todo el mundo ve claramente que la política se extiende de ahora en adelante a nuevos objetos –incluso los Suizos han llegado a una votación sobre ese tema, cosa impensable si el biopoder estuviese en vías de cubrir la voz de las políticas. Y el caso de los transgénicos no es aislado: los genes huérfanos de la Asociación Francesa de Miopatía, son objeto de una política militante explícita; del mismo modo los medicamentos contra el Sida en manos de *Act Up*<sup>9</sup>; al igual que la supervivencia de cóndores y lechuzas a través de la acción de asociaciones para la protección de la naturaleza. ¿Qué decir de la emergencia del partido “Caza, Pesca, Naturaleza y Tradición”? ¿No

---

<sup>9</sup> *Act Up*: Asociación activista surgida en la comunidad homosexual –primero en los Estados Unidos y luego en Francia– que busca intervenir en las luchas sociales que afectan a los enfermos de SIDA. Su preocupación está dirigida al ámbito legal, a favorecer la investigación científica y a la participación en la discusión sanitaria respectiva, entre otros. (Nota del traductor).

quiere decir esto que puede asignarse a Strasbourg<sup>10</sup> el caso de palomas, de jabalís o de truchas? En suma, por todos lados, en todos los frentes se asiste precisamente a lo contrario de aquello previsto por la noción de biopoder: por todos lados la política retoma sus derechos descubriendo que el ciudadano no es solo desnudo y hablante, sino incorporado, aliado a otras fisiologías, y que hacer política es tratar, de mil maneras precavidas e inquietas, al viviente en su totalidad.

Incluso se podría formular la hipótesis –si se quiere a cualquier precio descubrir alguna transformación radical–, de que el tránsito a toda genética, lejos de significar el fin de toda pretensión política ante la irrupción de los cyborgs a la vez detestados y deseados (deseables por detestables), ha llevado a la biología ahí donde la física nuclear había llevado a la física. Del mismo modo, en efecto, extendiendo a la totalidad del planeta el impacto virtual de la amenaza atómica, los físicos habían devuelto su disciplina al corazón de la actividad estratégica y política –al punto que el poder de hacer y deshacer se ha identificado durante cincuenta años con aquel de apretar el botón rojo–, del mismo modo, yendo hasta los elementos constitutivos de la descendencia, los biólogos obligan a la expresión política a re-apropiarse de aquello que siempre había sido suyo, pero que el período moderno le había hecho ligeramente olvidar: la vida de la Ciudad es la Ciudad de la vida. En ambos casos es evidente que no se puede dejar la vida pública ni a los físicos ni a los biólogos. Mientras ellos no tocaban más que aspectos periféricos del poder, podía dejárseles en sus laboratorios y utilizarlos como expertos: pero cuando ellos tocan los núcleos (nucleares, genéticos o imaginarios) de la vida pública, entonces hay que comenzar a encargarse de las cosas con las propias manos. Así como no ha habido, en los años sesenta, una “fisipolítica” no ha habido en los años noventa una “biopolítica”.

El error de diagnóstico me parece debido a una falsa idea concerniente a la historia moderna: siempre se imagina que manipulando propiedades cada vez

---

<sup>10</sup> La mención a Strasbourg alude a que en dicha ciudad funcionan algunas de las más importantes organizaciones políticas de Europa, entre ellas el Tribunal Europeo de derechos Humanos, el Consejo de Europa y el Parlamento Europeo. (Nota del traductor).

más íntimas de la materia, la época contemporánea se va emancipando cada vez más de su pasado antropológico; que la manipulación del ADN aleja más a un biólogo molecular de sus ancestros del neolítico que a un recolector tradicional la hibridación de arvejas. Sin embargo, es exactamente al revés, descendiendo más bajo en la cadena de componentes, tomando en cuenta las propiedades más íntimas, los investigadores actuales se hunden aun más que sus predecesores modernistas en la cadena de lo viviente, y por un giro que no sorprenderá al antropólogo, llegan a tener las mismas preocupaciones que el común de la humanidad: Para mí, hay más parecido entre un analista que modela el invierno nuclear y nuestros tan burlados ancestros que ligaban el clima a la calidad de su vida política, que el que tenía un físico científico del siglo pasado a la vez con sus antepasados y con sus descendientes; la similitud es más fuerte entre un bioquímico tembloroso de manipular las células germinales de un embrión para cuidar a los ancianos parkinsonianos y un Arapesh o un Achuar, que la que tienen ambos con un modernista a la vez entusiasta y desesperado como Monod o un fundamentalista fanático como Dawkins. Los contemporáneos y los antiguos saben que ellos se hacen cargo de la totalidad de lo vivo en la vida pública y que entonces es preciso temblar, los modernistas saciados de ignorancia y de esperanza se creen los primeros en la historia del mundo que ya no tienen que prestar atención ni armarse de precauciones. Pero la modernidad fue un paréntesis, ella no dice nada sobre aquello que ha pasado durante este breve período de historia. No hay más que una relación de sinonimia entre las biología y las físicas de hoy y la biología y la física del episodio moderno.

Contra la hipótesis del biopoder, nosotros volvemos, me parece, a la humanidad común, es decir a una definición de la política como “cosmopolítica” para retomar la bella expresión de Isabelle Stengers. Lejos de ser los testigos del reemplazo del lenguaje político por los atajos fulminantes de la biología, la medicina, la genética o la higiene, asistimos por todas partes a la proliferación de anticuerpos de la política que digieren de mil maneras imprevistas los dictados de la naturaleza para hacer de ellos, nuevamente, ingredientes esenciales de la vida pública.